

MACHOTE

POR DOMINGO VELÁZQUEZ

La sala de fiestas **El Tabobo** estaba lista para su inauguración. Los carpinteros, los electricistas y los decoradores habían trabajado de lo lindo durante las últimas semanas y don Antonio pudo, por fin, anunciar el acontecimiento.

Este don Antonio —hombre de tierra adentro— no era otro que aquel Antonio que años ha, dado el signo negativo que iba tomando su pequeño cultivo de papas y de cebollas, previsor y zorrocloco, vendió su vivienda y sus tres celemines de tierra y se dejó caer por la capital de la isla. Una vez aquí, lo primero que hizo fue —como mandan los cánones— efectuar la obligada visita a don José, el abogado, y obsequiar a la esposa de éste con el mejor gallo de su malparado corral, el de la atiplada vocecilla, el colibajo, el capirro; pero también el mismo que ya pesaba sus buenos tres kilos cuando todavía era un pollanco. Luego alquiló una casita terrera en el singular barrio de La Puntilla. Y allí, en aquel socorrido sector porteño, instaló Antonio su tienda de “todo un poco”, en la que no le faltaron nunca sus quesitos majoreros, sus tollos y sus pejines bien aderezados, sus aceitunas y —¡cómo no!— su media cuarterola de ron.

Todo en orden, enderezó Antonio el cartelito de “Hoy no se fía; mañana, sí”, que se había torcido un poco y, auxiliado por Clotilde, su mujer, abrió al público.

Cuando llegó este rebumbio del turismo ya don Antonio había fabricado una hermosa casa de cinco plantas y poseía, además, dos amplios y bien situados solares, un automóvil y una cuenta en el Banco que, al decir de los enterados, no bajaba de un par de millones de pesetas. La tienda, a excepción de una nueva balanza que tuvo que comprar, a causa del emperreamiento del “fiel contraste”, no había sufrido modificación alguna.

A estas alturas don Antonio, sin mostrar turbación apenas por las indirectas, berrinches y llantinas de doña Clotilde, se estaba encaprichando en salir y llegar a las tantas. Y hasta tal punto se había desquiciado la armonía conyugal, la paz de los tiempos de estrecheces, la ilusión de los días en que aún esperaban el milagro de un hijo, que decidió establecer un negocio aislado que le permitiera “hacer de su vida un sayo” y dejar la vieja tienda a su mujer, en donde las teclas de ésta, los malos olores y las moscas le estaban haciendo la vida insoportable.

—Y no sólo eso —decía don Antonio a sus amigotes de las, cada vez más frecuentes y prolongadas, reuniones nocturnas—, sino las palabrotas que tiene uno que oír, las indecencias que tiene que ver y los malos

modos que ha de aguantar en una marroquia de tal mescolanza como la de mi tienda.

Y añadía, remachando con su habitual palabrota malsonante:

—Un negocio fino y aseado, ¡carajo!

★ ★ ★

Don Antonio abrió la carta y leyó:

“U... u... u... podemos proporcionarle una serie de u... u... u..., todos de primerísima categoría y u... u... u..., procedentes de u... u... u... y extranjeras, y son: **El Taranto** (cantos populares); **Los Simios** (conjunto musical); **La Palanca** (rumbas, sambas y danzones) —¡caray!, esta sí que... pero... no, no; me sugiere algo que... no... No—; **Lola Mireles** (canción española), y **Machote** (canción melódica).” —¡Hombre!, este me gusta; al menos veremos algo que hace tiempo no...

Don Antonio no lo pensó más.

—¡Éste! Telegrama al canto y a otra cosa —dijo.

Luego añadiría, para sí:

—Las atracciones de **El Taboho** han de ser de lo más aseado. No, desviaciones, no. A la inauguración, además de un sin fin de turistas asistirá gente importante de aquí, y de mi pueblo vendrá el alcalde, el... (bueno, este no), don Carmelo, don Pancho, don Matías y su mujer, tal vez las hijas de... ¡qué sé yo!, una jurria de personas que me conocen de antes y que... No, desviaciones, no.

Él había dejado, allí, en su pueblo —lo recordaba ahora con cierta altivez—, huellas de su integridad moral. Él fue, entonces, cabeza visible de equilibrio mental entre la juventud loca, ardiente y desvergonzada de su barrio, considerándosele como muchacho noblote y moderado. Y aquí, en la capital, donde tanta morralla había, él era, hasta cierto punto, un hombre serio y respetado: un hombre de bien. Y si no, que se lo preguntaran a doña Clotilde.

—¿...?

—¿Cómo un hombre de bien? ¡Un tiesto es lo que se me ha vuelto!
—diría doña Clotilde.

★ ★ ★

Y ahora tenía don Antonio delante de sus narices la contestación de **Machote**:

“LLEGAREMOS MAÑANA VIERNES AVIÓN CINCO TARDE STOP RESERVE HOTEL HABITACIÓN MATRIMONIO STOP SALUDOS FANS STOP HASTA PRONTO —MACHOTE”

¡Y era viernes!

—¡¡Pedro!!

—Diga, patrón.

—Avisa al chófer para que te lleve a Gando a recibir a **Machote** y a su esposa. Pasa antes por la floristería **El Cardo** y compra un buen ramo de flores para la señora. Llegan a las cinco.

—Pero, don Antonio, si son las cuatro y media.

—Pues date prisa.

—Pero... es que no lo conozco. Ni siquiera sé como es.

—¿Cómo que no lo conoces, mentecato? ¿No lees los periódicos? ¿No oyes la radio? ¿Y la “tele”? ¿Es que no ves la “tele”? Todo el mundo lo vio cuando intervino en “Voces buf”, de la “tele”. Y lo oyó cuando quedó finalista en el concurso “Discomanía”, de la Radio.

—Pues no, señor. Ni lo he oído ni lo he visto. Ya sabe usted que últimamente he estado muy atareado con esto de **El Tabobo** y casi no hetenido tiempo o ni para lavarme.

—¡Mejor!

—Bueno, dígame, poco más o menos, cómo es. Algo que me sirva de orientación.

—Pues es..., es..., es... ¡machote!

Pedro avisó a Juan, el chófer, y Juan y Pedro se encaminaron hacia el aeropuerto, no sin pasar antes por **El Cardo**, claro. Y, como era de esperar, el tiempo se les hizo corto y cuando llegaron hacía más de media hora que el avión había rendido viaje.

Pedro y Juan miraban y buscaban y miraban, y ningún “machote” se topaba con ellos. Y ya se disponían a solicitar por los altavoces su presencia cuando, oportunos, alegres y joviales, aparecieron los chicos de los medios informativos que, al parecer, se marchaban. Pedro se fue hacia ellos y les preguntó:

—Por favor, ¿han visto por aquí al cantante **Machotey** a su...

—Sí —cortó uno de los reporteros—, ahí en el salón del fondo acabamos de dejarlos.

—Es que nosotros somos de **El Tabobo** —dijo Pedro— y venimos a recibirlos; pero, aunque les parezca extraño, no los conocemos.

Por ahí; son inconfundibles —señaló otro del grupo—. Y se alejaron entre risas y expresiones chispeantes y alusivas.

Pedro y Juan salvaron la entrada de la sala que les habían indicado.

—¡Aquéllos! —exclamaron a un tiempo—. Y avanzaron decididos hacia la pareja que, desde el último ventanal, contemplaba la tarde ardiente de la isla sobre el singular paisaje sureño.

Pero cuando se acercaron lo suficiente, grande fue la sorpresa e inquietante la duda: dos figuras vacilantes y asustadizas giraron y se volvieron inesperadamente, adivinándoseles debajo de los faldones de sus chamarras las redundantes nalgas. Las dos llevaban cabelleras bien largas, bien rubias y no tan bien limpias. Una y otra calzaban zapatos de cuatro centímetros de tacón. Ceñidos pantalones de franela multicolor, cinturones anchos y tachonados y mayúsculos collares rematados más abajo del ombligo por sendos cencerros, sonoros y relucientes, completaban el pintoresco atuendo de la pareja. Pero nada que pudiera revelar o sugerir diferencia de sexo se ofrecía a la vista.

Pedro, aunque temeroso y confuso, en un momento de irresponsable osadía, ramo en ristre, les espetó:

—Por favor, ¿pueden decirnos quién es ella?

Ambas personas se miraron con extrañeza, pareciendo no haber comprendido. Pero en seguida, a la vez que se codeaban sin poder controlar sus movimientos, nerviosos y displicentes, sus ojos parecían querer esconderse debajo de las baldosas del piso. Luego los alzaron y se miraron de nuevo. Y mientras una, visiblemente afectada y exteriorizando una mueca despectiva, volvía la cabeza, la otra, más sosegada al parecer, decidida y arrogante, avanzó un paso y, con voz de falsete, contestó:

—¡La señora **Machote** soy yo!

Entonces, el del ramo, respirando hondamente en sensación de alivio, como quien le acaban de quitar una enorme laja de encima del pecho, adelantando el brazo, dijo:

—Señora **Machote**: en nombre de **El Tabobo** hágame el honor de aceptar este presente.

